

COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

“De por sí lo que hemos aprendido es a aprender”: trazos de una epistemología zapatista

Andrea Fajardo

XCHEL-RAMONA



COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

**“De por sí lo que
hemos aprendido
es a aprender”:
trazos de una
epistemología
zapatista**

Andrea Fajardo



303.484097275

F522d

“De por sí lo que hemos aprendido es a aprender”: trazos de una epistemología zapatista / Andrea Fajardo. -- Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Cooperativa Editorial Retos; Guadalajara, Jalisco: Cátedra Jorge Alonso: Universidad de Guadalajara, 2022.

50 p.-- (Colección Al Faro Zapatista).

ISBN Colección: 978-607-8800-20-9

ISBN: 978-607-8800-80-3

1. Caracoles zapatistas 2. Epistemología zapatista 3. Travesía por la Vida 4. Sexta Declaración de la Selva Lacandona 5. Investigación-acción 6. Guerra.

Primera edición digital: noviembre de 2022

© Cooperativa Editorial Retos

Cuidado de la edición: Xochitl Leyva Solano, Patricia Viera-Bravo y Sofía Carballo

Corrección de estilo: Sofía Carballo y Xochitl Leyva Solano

Imagen de portada: *Equipo femenino*, acuarela de Paola Stefani

Diseño de colección, portada y diagramación de interiores: Sofía Carballo

CLACSO – Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 / C1023AAB Ciudad de Buenos Aires / Argentina /

Tel. [54 11] 4304 9145 / Fax [54 11] 4305 0875

<www.clacso.org> / <clacso@clacsoinst.edu.ar>

Cooperativa Editorial Retos

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

<<https://editorialretos.wordpress.com/>> / <gcuter2016@gmail.com>

FB: <Retos Nodo Chiapas>

Cátedra Jorge Alonso

Calle España 1359, 44190, Guadalajara, Jalisco, México

<<http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/>> / <occte@ciesas.edu.mx>

Universidad de Guadalajara

Av. Juárez 976, Col. Americana, 44100, Guadalajara, Jalisco, México

<<https://www.udg.mx/>>

Este libro ha sido dictaminado por pares anónimos, quienes garantizan su calidad, actualidad y pertinencia.

Hecho en Chiapas, México / *Made in Chiapas, Mexico*

CONTENIDO

“De por sí lo que hemos aprendido es a aprender”: trazos de una epistemología zapatista	7
¿Y yo qué? Poner los pies en La Realidad	11
La Sexta	14
Investigación anticolonial activista: del activismo a la academia	17
La guerra	17
Lxs caminantes: posicionarse al investigar con otrxs	21
Estudiar con compañerxs políticos, no con sujetos de estudio	24
Tensiones entre métodos coloniales e investigación anticolonial activista	27

Notas de campo	30
Trazos de una epistemología zapatista	36
Semillas emancipatorias: reflexiones finales	40
Bibliografía	45
Acerca de la autora	48
Acerca de la colección	49

“DE POR SÍ LO QUE HEMOS APRENDIDO ES A APRENDER”: TRAZOS DE UNA EPISTEMOLOGÍA ZAPATISTA

Andrea Fajardo Camacho

Lxs¹ zapatistas han cimbrado al mundo. Hablar de sus aportes, de la forma concreta en que han tocado y modificado la manera de conocer y reconocer los muchos mundos que caben en este mundo, en realidad supone el ejercicio de elegir una de las múltiples y diversas hebras que forman su entramado y su legado.

Responder a la invitación de lxs editorxs de *Al Faro Zapatista* para pensar los aportes del zapatismo en sus 28 (y 38) años de vida supone el desafío de retomar al menos una de esas hebras, de observar con cuidado, de darme

¹ Adopto el uso de la “x” en la conjugación de sustantivos plurales como un posicionamiento político que reconoce la diversidad de subjetividades que disputan el binarismo del sistema heteropatriarcal, a la vez que reivindica y celebra sus diferencias.

cuenta de qué manera me atraviesa y se entreteje con otras hebras de mi propio entramado. Ese desafío se entrelaza, a su vez, con la certeza de que el camino del que puedo hablar es mucho más amplio de lo que podría abordar en el presente texto, pues durante estos 28 años de lucha y vida el zapatismo se ha nutrido de muchas voces, se ha complejizado en su andar y, últimamente, también en su navegar. Condición de la intensa vitalidad y calado de su proyecto. Lxs zapatistxs han dejado huella en la formación de quienes éramos apenas unxs niñxs en enero de 1994; los relevos generacionales del movimiento llevan la chispa del faro zapatista hacia otras latitudes y temporalidades —mientras escribo estas mismas palabras—, cuya luz sigue invitándonos a crear nuevas formas de hacer política desde abajo y a la izquierda para ponernos de acuerdo en cómo vivir, es decir, en cómo luchar.

Más que respuestas, el zapatismo es “un montón de preguntas. Y la más pequeña puede ser la más inquietante: ¿Y tú qué?” (Subcomandante Insurgente Galeano 2021: s/p). Me parece que esa pregunta, desde el alzamiento de 1994, está implícita en cada una de las convocatorias. Es una pregunta que no pide credenciales o pasaportes, sino que invita a responder a nombre propio, desde lo que se conoce y se trabaja, pero también desde lo que duele y oprime. Es una invitación a pensar en modos otros de hacer política desde la memoria personal, desde todo lo que se descarta de los libros de la historia oficial por anecdótico o demasiado íntimo, pero cuya respuesta constituye el cimiento mismo de la organización colectiva, la lucha común y la apuesta por la vida en su sentido más radical.

La convocatoria zapatista no me apela únicamente desde mi formación como investigadora, sino también como semi-lla en mi trabajo, como activista y, sobre todo, como nervio medular de mi manera de habitar el mundo. Abordaré algunos de los aportes del zapatismo desde una perspectiva feminista al conectar la forma en la que el movimiento ha cimbrado cuerpos y experiencias concretas, como la mía. A la vez, dimensionaré su impacto a nivel estructural en cuanto a su forma particular de generar conocimiento emancipatorio y otros modos de hacer política, es decir, de soñar, construir, luchar y habitar otros mundos posibles. Para ello retomaré mi experiencia de trabajo de investigación del año 2010, “La guerra por los ‘recursos naturales’ en el capitalismo neoliberal y la Reserva Comunitaria Zapatista El Huitepec. Un análisis en camino a la descolonialidad”. Gracias a lxs compañerxs de la reserva aprendí y conocí el ejercicio de defensa de las comunidades que construyen a contracorriente, en el día a día, la *Schul Balamil* (Tierra Sagrada); desde los saberes ancestrales, desde sus principios políticos y desde su forma de relacionarse con el territorio.

Asumirme como adherente de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, más que como académica o investigadora, constituyó un posicionamiento a nivel epistémico y académico, así como político y personal, con respecto a mi propia investigación y al impacto de esta en la defensa del territorio. En palabras de Zibechi (2011: 57), la experiencia exigía “poner el cuerpo junto a las ideas”, no hacerme fantasías de objetividad y distanciamiento, como la academia dominante o hegemónica sugiere y, al mismo tiempo, tratar de aportar desde mi posicionamiento político.

El objetivo del presente trabajo es dar algunos trazos acerca de la epistemología zapatista como forma de conocimiento indistinguible de la lucha a través de algunas experiencias y aprendizajes que se tejieron con ellxs durante el camino de esta investigación y la forma en que esta relación sentó una serie de principios éticos, políticos y epistémicos.

En el primer apartado describo la forma en que el zapatismo me interpeló durante los primeros encuentros con sus comunicados y las convocatorias, así como las experiencias surgidas a raíz de mi primera visita a territorio autónomo zapatista. En el segundo, doy cuenta de mi posicionamiento dentro de la academia en el marco de una guerra que atraviesa distintos niveles de vida. Posteriormente, en el tercer apartado hago una revisión de autores y activistas que han tratado de ir más allá de la dicotomía academia-activismo para aportar, desde sus saberes y posiciones políticas, a las luchas en las que se involucraron. En el cuarto apartado desarrollo las tensiones teóricas y metodológicas al cambiar la perspectiva de “objetos de estudio” por “compañerxs de lucha”, reconfigurando la relación epistémica hacia un “aprender a aprender”. En el quinto apartado realizo una lectura de la epistemología zapatista como un trenzado indisociable de una ética política dialógica, anticolonial, anticapitalista y antipatriarcal; una forma de producción de conocimiento que surge de la diversidad de miradas, de su encuentro, complicidad e incluso del disenso. En el sexto y último apartado hago un recuento de procesos colectivos desde mi caminar como activista, los cuales han sido nutridos e inspirados *Al Faro Zapatista*. La elabora-

ción de este trabajo me permitió entrar en una zona de vulnerabilidad desde la cual celebro, acuerpo y agradezco.

¿Y yo qué? Poner los pies en La Realidad

Llevo más de la mitad de mi vida como aprendiz de zapatista. El eco del levantamiento no llegó a mí sino hasta los 14 años, cuando comencé a sospechar que el mundo no podía ser tan gris, tan indiferente, tan irremediabilmente injusto como se me presentaba hasta entonces. Compartí las lecturas de los comunicados zapatistas en espacios tan íntimos para una adolescente de 14 años como las reuniones con sus amigas, donde hablábamos de canciones de moda, de las personas que nos gustaban, de los problemas en casa, en fin, de todo lo que nos fue subjetivando como mujeres.

Dentro del bombardeo de mensajes a los que estábamos expuestas —que nos sembraban la idea de que todo estaba mal con nosotras pero que con la compra de un creciente número de mercancías la cosa podía cambiar—, llegué con la sangre incendiada a compartirles comunicados escritos en algún rincón de la Selva Lacandona.

A mis 15 años, en marzo del 2001, fuimos a escuchar a lxs zapatistas en su paso por nuestra ciudad, Toluca, en el Estado de México, en el marco de la Marcha del Color de la Tierra. Era emocionante, como si estuviéramos palpando la historia. Tenía la necesidad de que esa palabra que “busca tocar el corazón de la gente humilde y simple como nosotros, pero, también como nosotros, digna y rebelde” (EZLN 2005: s/p) llegara al tejido más cercano que tenía

para preguntarnos: ¿qué hacemos? La inmovilidad frente a esa pregunta no era una opción.

En la clase de Ética de la preparatoria leímos “¿De qué nos van a perdonar?” (Subcomandante Insurgente Marcos 1994: s/p). No estaba muy segura de que me hablaran a mí, si era posible que una adolescente de clase media común y corriente pudiera darse por aludida, pero eran palabras que me incendiaron la sangre y despertaron una profunda rabia. A partir de ahí, se encendió un fueguito del que brotó la urgencia de ir a Chiapas a conocer a lxs zapatistas. Salí de la preparatoria y, antes de seguir el camino trazado para mí según los calendarios y geografías que había conocido hasta entonces, encontré la manera de irme un año a trabajar en un proyecto de educación autónoma en Chiapas, tanto con comunidades zapatistas como no zapatistas. Tenía 18 años.

Dicen que unx nace dos veces: la primera cuando sale del útero materno y la segunda cuando le encuentra sentido al haber salido. Chiapas fue parte integral de la construcción de ese sentido. Tuve la oportunidad de pisar por primera vez un Caracol zapatista en el año 2004. Su nombre es La Realidad y su apellido es Caracol Madre de los Caracoles del Mar de Nuestros Sueños. Aunque en ese sueño me sentía más despierta que nunca, me di cuenta de que la gente de mi edad ejercía cargos en sus comunidades, eran promotorxs de educación, de salud o integraban Juntas de Buen Gobierno (JBG). En mi lugar de origen podían considerarme una adulta, pero en La Realidad era prácticamente una niña. Allí mis contemporánexs ya sabían construir casas, sembrar, cocinar y tomar parte en asambleas que podían durar días, cosas en las que yo era una neófita. El tiempo

mismo parecía funcionar de otra manera: recuerdo el ritmo de la palabra ensamblaría asociado al ritmo del cielo, de los alrededores, del clima, de la vida en torno a la toma de decisiones. Una podía ver caer el sol en esas asambleas llenas de silencios que enmarcaban el habla, la escucha y preparaban el terreno para el grito común de “¡Acuerdo!”.

En ese contraste entre mi temprana adultez y el ritmo de la vida comunitaria pensé que los zapatistas eran una suerte de guardianes de la proverbial píldora roja de Matrix, esa que, al tomarla, permite ver el mundo tal cual es a condición de abandonar todas las certezas que lo habían acompañado hasta entonces. Pero nada cambiaría con el ideal “hollywoodense” de encontrar la luz y paz interior: aún sentía en mí esa vergüenza profunda por el modo de vida que había conocido; sentí que caminaba sobre cadáveres de animales extintos, pueblos despojados y territorios destruidos. Y resultó que, además, la culpa individual era parte de lo que mantenía a la gente como yo en la inmovilidad, el cinismo y el nihilismo frente al estado de cosas.

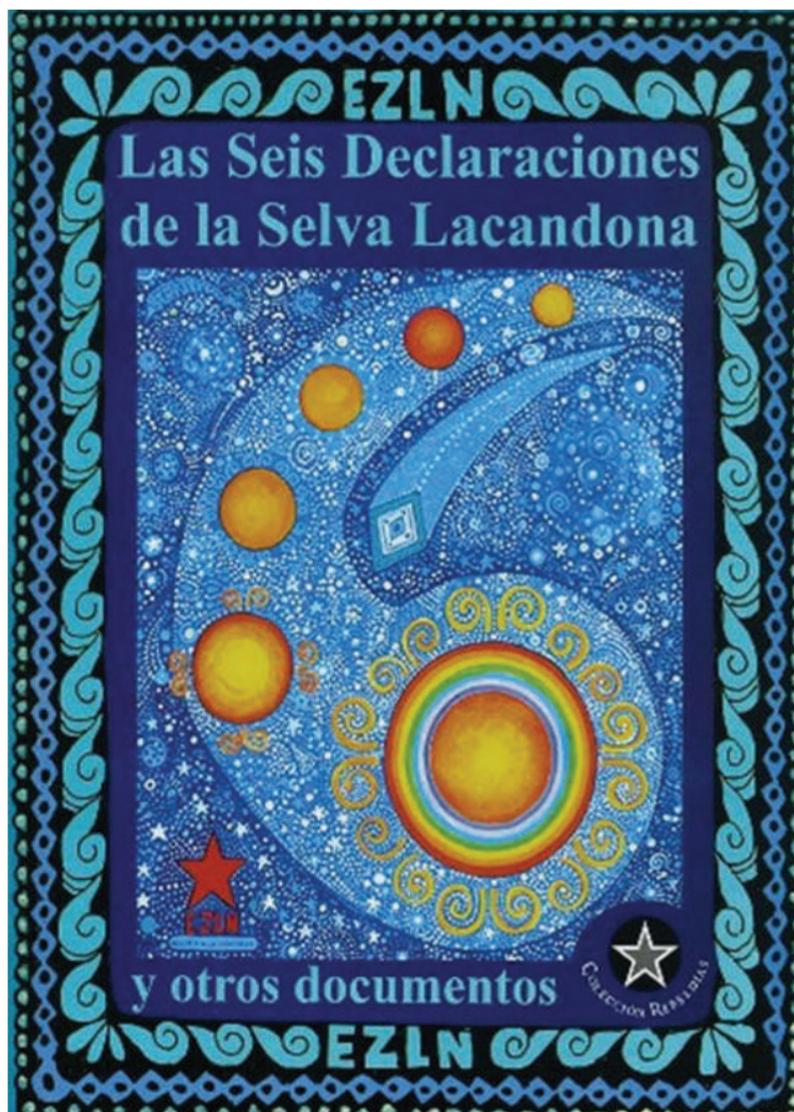
Después de eso, no encontré ningún sentido en la idea de volver a mi ciudad y estudiar en una universidad en la que pudiera adquirir los conocimientos necesarios para seguir aceitando la máquina que explota, despoja, desprecia y reprime, y normalizar la violencia desgarradora de su andar. Sentí que volver implicaba olvidar los aprendizajes que recién entraban en mi vida: la corresponsabilidad y la certeza de que el mundo sí puede ser de otra manera apostando por la construcción de la vida colectiva. En lugar de reconocer lo irremediable de la injusticia, a pesar de los sofisticados argumentos nihilistas sobre la pequeñez de nuestras acciones, volví con agradecimiento por lo que

las comunidades me habían mostrado: que sus prácticas y saberes cotidianos son atentados directos contra el funcionamiento de la máquina. Algunas de las semillas de ese mundo residen en el replanteamiento entero de un sistema de producción y reproducción de muerte, la colectivización de la dignidad, la organización de la digna rabia, el encuentro de la ética y la política, el reconocimiento y respeto de la diferencia, el “caminar preguntando”, la conciencia de la pequeñez de cada unx, la grandeza de la juntanza y la fuerza de la “conciencia organizada de grupos y colectivos que se conocen y reconocen mutuamente, abajo y a la izquierda, y construyen otra política” (SCI Marcos 2007: s/p).

La Sexta

“Ésta es nuestra palabra sencilla, porque es nuestra idea el llamar a quienes son como nosotros y unirnos a ellos, en todas partes donde viven y luchan” (EZLN 2005: s/p). Salir de La Realidad para volver a la realidad, más que un juego de palabras, significó tomar conciencia de que la joven que se fue un año antes no fue la misma que regresó. Su huella en mí ya era indeleble. En eso estaba cuando lxs compañerxs dieron a conocer la Sexta Declaración de la Selva Lacandona (*ibid.*). Ahí, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) invitó al pueblo de México a trabajar junto con ellos en la transformación de las relaciones sociales, económicas y políticas que vivimos. Cada lectura y cada experiencia de vida, durante mi periodo formativo en la universidad, pasaba por ese filtro que no se proponía como una receta ni un plan de acción acabado. Comprendí que la invitación no era a dejarlo todo y unirnos a las filas

del EZLN, sino a reconocernos en nuestra diversidad, en nuestros dolores en común y que tocaba organizarnos “en un nosotros que incluya todas las rebeldías [...] y tal vez encontramos un acuerdo entre los que somos sencillos y humildes y, juntos, nos organizamos en todo el país y ponemos de acuerdo nuestras luchas que ahorita están solas” (*ibid.*). Entendí entonces que, como mujer, joven, activista y universitaria, sí me podía dar por aludida.



Portada del libro *Las Seis Declaraciones de la Selva Lacandona*, EZLN, 2016. Ilustración: Beatriz Aurora.

Investigación anticolonial activista: del activismo a la academia

Después de un año de caminar en territorio zapatista, de aprender que la autonomía se gesta en la cotidianidad, entré a la universidad a estudiar Antropología Social como quien entra a una ferretería buscando herramientas que me permitieran construir y aportar a ese sueño colectivo al que La Sexta nos invitó.

Empezaré por compartir que mi camino fue del activismo a la academia para más tarde intentar superar esa dicotomía y posicionarme como una investigadora activista. Por activismo entiendo las acciones colectivas cuya causa común es la transformación global, es decir, la transformación de las relaciones de opresión patriarcales, capitalistas y coloniales en las que estamos inmersxs, para dar lugar a relaciones justas, respetuosas de la diferencia y del mundo más allá del horizonte humano. Cuando hablo de academia me refiero a la institucionalización, disciplinarización y profesionalización del conocimiento que implica normas, límites y parámetros de validación desde un centro de poder, un “norte” no necesariamente geográfico, sino una analogía de “los juegos del poder-saber en un mundo regido por la competencia y el libre mercado, del cual la Academia no está exenta” (Leyva 2015: 201).

La guerra

El neoliberalismo se ha caracterizado en el discurso zapatista como una guerra de la vida frente a la muerte, la cual atraviesa distintos ámbitos: no solamente la guerra

orquestrada por el Estado mexicano contra las comunidades zapatistas, sino también la de los medios de comunicación y las academias, que alimentan (voluntaria o involuntariamente) los mecanismos de opresión, donde “los contendientes (necesitan) no solo derrotar físicamente al contrario, sino también hacerse de una coartada propagandística, es decir, de legitimidad. Derrotarlo moralmente” (SCI Marcos 2011: 30).

Allá arriba, toda teoría que se respete debe cumplir una doble función: por un lado, desplazar la responsabilidad de un hecho con una argumentación, que no por elaborada es menos ridícula; y, por el otro, ocultar la realidad (es decir, garantizar la impunidad) (SCI Marcos 2007: s/p).

El trabajo de historizar la institucionalización de la academia por parte de Immanuel Wallerstein (2007) ha sido un gran aporte para dar cuenta de las relaciones de poder que atraviesan el campo de lo epistémico. En sus trabajos, el autor señaló el rol que han tenido las distintas disciplinas (como parcelas del conocimiento) en los proyectos de dominación y colonización en el sistema-mundo. La disciplina antropológica —conocida hija del colonialismo— es un claro ejemplo de esto; su “objeto de estudio” ha sido la alteridad, es decir, la producción de esta desde la perspectiva de un “yo” masculino, blanco y burgués. No es ninguna novedad decir que las sociedades sobre las que se hicieron los estudios que darían forma y método al quehacer antropológico “integraban los dominios coloniales británicos y franceses, o eran parte del territorio que

los Estados Unidos habían subordinado a su expansión” (Guber 2004: 51).

Si bien ha corrido mucha agua desde entonces, la búsqueda de objetividad, pensada como una suerte de distancia e imparcialidad frente a lo que estudiamos, sigue siendo una exigencia común dentro de la academia. Stuart Hall la nombra como la mirada colonial, “el ojo inglés” que “observa todo, pero no obstante, no es tan bueno a la hora de reconocer que es él mismo quien, en realidad, está mirando algo. Este ojo se transforma, curiosamente, en algo análogo a la visión misma” (Hall 2014: 546). Al llamar a levantar el pensamiento crítico contra la Hidra Capitalista (SCI Galeano 2015), lxs zapatistas convocaron a lxs investigadorxs a no ocultarse “detrás de la imparcialidad, la objetividad, la neutralidad”, sino a reflexionar junto a ellxs la urgencia de repensar los cambios en la realidad, en las formas de opresión y de guerra, y así retroalimentar otras prácticas políticas y otras formas de lucha.

Mi trabajo de investigación se posicionó ética y políticamente como parte de la lucha por una “justicia epistémica”, es decir, una lucha por el “reconocimiento de los distintos saberes, que posibiliten el diálogo y la controversia, desafiando jerarquías universales y abstractas, así como a los poderes que a través de ellas han sido naturalizados” (Santos 2009: s/p). Esta lucha “se desarrolla en un campo de batalla al que podríamos nombrar de guerra epistémica, que está superpuesto a todas las otras formas de guerra y violencia que hoy vivimos en Chiapas y en el mundo” (Leyva 2015: 214).



Caminar preguntando: maletas esperando fuera de la oficina de la Junta de Buen Gobierno de Oventik, Chiapas, 2009. Foto: Andrea Fajardo.

Lxs caminantes: posicionarse al investigar con otrxs

Comprendí que tomar postura en un escenario de guerra no era posible sino a través de una lucha por la vida, con la plena certeza de que *la Tormenta* de la que hablan los compañerxs zapatistas nos demanda generar conocimiento que nos permita entender los distintos mecanismos de opresión de *la Hidra*, así como el necesario encuentro con quienes luchan desde múltiples frentes. Uno de estos frentes son los pensamientos emancipatorios y de transformación, entre los que se encuentran el pensamiento crítico, los feminismos y los pensamientos decoloniales o anticoloniales, es decir, aquellos que florecen desde las grietas de un sistema que se presenta a sí mismo como sólido, naturalizado e inamovible.

Hay muchxs quienes, al igual que lxs zapatistas, “miramos y escuchamos es que viene una catástrofe en todos los sentidos, una tormenta” (SCI Galeano 2015: s/p). Coincido con Xochitl Leyva (2015: 24) en que esto nos exige generar conocimientos y prácticas emancipatorias que revaloren los aportes epistémico-políticos de las comunidades y movimientos sociales que construyen opciones de vida frente a un escenario de muerte, “preguntar a otros, a otras, a otras, de otros calendarios, de geografías distintas, qué es lo que ven” (SCI Galeano 2015: s/p). Acercarse a sus formas de lucha consiste en aprender de quienes día a día generan grietas y siembran otros mundos aquí y ahora, en el marco de este colapso civilizatorio, desde sus prácticas colectivas cotidianas.

Ese es el sentido de investigar con movimientos sociales, y no el mirar si traicionan o no los manuales de “buenos revolucionarios”, o hacer una investigación que sirva a la contrainsurgencia. Investigar con compañerxs de lucha también es abonar a la construcción de una memoria *desde abajo*, que nos siembra la certeza de que otro mundo ya es posible. Son muchos los caminantes que han decidido andar a contrapelo, que tienen la seguridad de que el conocimiento se genera de forma colectiva y no es monopolio de una institución como la academia. Son caminantes que han señalado las relaciones de poder y la disputa sobre los saberes legítimos, así como su corolario: la deslegitimación de saberes otros.

Xochitl Leyva Solano, investigadora activista y adherente a la Sexta, quien acompañó mi investigación, retoma a quienes, desde la academia, han hecho grietas en el sistema de pensamiento hegemónico: autorxs que critican el carácter colonial de las ciencias sociales, que analizan y evidencian los límites y riesgos del paradigma positivista, así como los proyectos políticos hegemónicos que lo sostienen; que cuestionan la definición de las ciencias sociales en tanto “ciencias” y hacen énfasis en la relación de nuestro posicionamiento social con nuestras representaciones, a la vez que señalan el carácter parcial y contingente del conocimiento. Todo ello desde una pluralidad de pensamientos y posiciones: teóricos críticos de la raza, impulsoras de la teoría feminista, teóricos post-coloniales, post-modernos, epistemólogos del Sur, así como constructores del pensamiento crítico descolonial y del análisis de los sistema-mundo (Leyva y Speed 2008: 72-73).

Latinoamérica se presenta como un espacio geopolítico importante en la generación de caminos que transforman las relaciones de poder existentes dentro y fuera de la misma investigación. En el contexto de las décadas de 1960 y 1970 no podían concebirse investigaciones que no se comprometieran con la dura realidad que se vivía; era un contexto de dictadura y guerra en la que el posicionamiento y el compromiso político fueron las improntas que establecieron nuevas relaciones en la investigación, así como el cuestionamiento de las “tradicionales”. De ahí surgieron algunos precursores emblemáticos, como Paulo Freire, en Brasil, con la Metodología de Educación Popular, y el colombiano Orlando Fals Borda con su Metodología de Investigación Acción Participativa (IAP), quienes abogaron por una nueva relación entre el investigador y lxs investigadxs (Leyva y Speed 2008).

Otro espacio de intercambio de saberes fundamental en esta historia fue la reunión de Barbados en 1971, donde indígenas latinoamericanos —“objetos de estudio” y más tarde “sujetos” de los mismos—, junto con académicos sociales, sentaron un precedente de compromiso para descolonizar las ciencias sociales. En ella, los investigadores asistentes proclamaron la importancia de asumir responsabilidades ineludibles para la liberación indígena (Leyva 2015).

Como describe Leyva, en el contexto de Chiapas el desmantelamiento de los municipios autónomos, la masacre de Acteal en 1997 y el aumento de grupos paramilitares llevaron a los investigadores de esa época a cuestionar y replantear sus métodos. Con la construcción de los Caracoles, los zapatistas tomaron parte del control de las investigaciones que se llevaban a cabo en su territorio, nutriendo

y dando rostro a lo que más tarde algunas llamaron antropología feminista poscolonial y participativa, antropología dialógica crítica, estrategias de interaprendizaje para la intercomprensión intercultural, antropología social desde la investigación participativa, investigación activista e investigación de co-labor (cit. en Leyva 2015: 213).

La metodología de la investigación anticolonial activista es uno de estos caminos. Dicho enfoque plantea una epistemología, una ética y una política; como lo describe Leyva, “no es pura investigación académica, sino más bien nace y se reproduce en los intersticios que genera el cruce de las academias otras, los activismos abiertos y flexibles y los movimientos sociales” (2008: 96). Las academias otras a las que alude Leyva son aquellas que se han asumido como responsables y comprometidas ética y políticamente con la transformación de la realidad social, de las cuales esta metodología ha aprendido y desaprendido lo necesario para construirse un camino propio dentro de la lucha por un mundo justo, libre y democrático.

Estudiar con compañerxs políticos, no con sujetos de estudio

Generar conocimiento con comunidades, movimientos y sujetos en general no puede ocurrir sino desde el entendimiento de que trabajamos con “generadores de conocimiento en su propio derecho y no simplemente con objetos a ser estudiados y entendidos” (Casas, Osterweil y Powell 2015: 175). La investigación anticolonial y activista que me apela promueve el diálogo entre sujetos que compartimos intereses afines, en la que nuestras diferencias nos

permitan evidenciar los límites de nuestra mirada, pero también potenciar, complejizar y ampliar dicha mirada.

En una investigación como esta, la idea de objeto o sujeto de estudio no tenía cabida. Para mí era claro que este trabajo surgió desde mi posicionamiento como adherente a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, que se traduce en una relación de compañerxs de lucha y de investigación con quienes comparto una apuesta política. Cuando estuve en territorio autónomo, “compañerx” era el modo en que nos referíamos unxs a otrxs. Considero necesario retomarlo ya que, más que una palabra, implica un tipo de relación de complicidad y respeto. Así pues, compañerx es una palabra cargada de significación tanto afectiva como política para lxs zapatistxs: “Cuando salimos al camino que nos marcamos con la Sexta Declaración, no repartimos juicios y recetas. Escuchamos y miramos para aprender. No para suplantar o dirigir, sino para respetar. El respeto al otro, a la otra, es como nosotros decimos ‘compañero’, ‘compañera’” (SCI Marcos 2007: s/p).

Cuando le pedí a Xochitl Leyva que dirigiera mi tesis, me propuso que nos pensáramos como compañeras políticas. Esto generó una particularidad importante en la investigación. Partimos de que los procesos y apuestas anticoloniales, antipatriarcales y anticapitalistas tenían que ser transversales en nuestras prácticas y que dentro de los procesos de generación de conocimiento debía reconocerse y subvertirse la dinámica de poder directora-dirigida. Nos salimos de las estrechas paredes de la academia para dejarnos pensar fuera de puntitos en una lógica escolar y comenzamos a preguntarnos cómo podría aportar esta investigación a una apuesta política común.



Compañero zapatista en las caminatas por la Reserva Autónoma Zapatista El Huitepec, 2010. Foto: Andrea Fajardo.

Tensiones entre métodos coloniales e investigación anticolonial activista

Esta apuesta por dejar de investigar “sobre” un movimiento e investigar “desde” el movimiento y el compromiso político necesariamente genera tensiones y fricciones. Sin embargo, se trata de una relación de generación de conocimiento entre compañerxs cuyo roce puede producir una chispa que evidencie sombras que de otro modo serían difíciles de observar. Una de estas sombras fue que los métodos de investigación promovidos por la academia (esos con los que los antropólogos clásicos marcaron rumbo y definieron líneas disciplinarias) resultaban sumamente incómodos y contraproducentes para estudiar en un contexto de guerra con compañerxs que se niegan a negociar, a vender, a explotar a su gente y a la tierra.

Es necesario dar cuenta de que los enfoques epistémicos que devienen en metodologías de investigación aprendidos en la universidad tuvieron un contexto de origen específico y situado: la Colonia. Las técnicas desarrolladas para “investigar” a las comunidades suelen partir de una relación de poder normalizada que se encarna en distintas prácticas entre quienes somos formados en las universidades, en las que, si bien hay fuertes disputas y grietas, también existe toda una institucionalidad que sostiene y reproduce estas relaciones.

Cada vez es más común la crítica hacia las distintas formas de extractivismo académico, esas prácticas en la que investigadorxs llegamos, tomamos tiempos, espacios y saberes de las personas para generar capital social o material, que va desde seguir trepando en un escalafón

dentro de la academia hasta ejercicios de biopiratería y apropiación de saberes para la producción de capital de farmacéuticas, por nombrar solo algunos. Más que anécdotas, las prácticas de investigación en las que fui formada se me presentaron como una especie de postales de una academia colonial que, al observarlas y enunciarlas, hacen posible un ejercicio que atenta contra su normalización. Para superar la ceguera colonial es necesario escarbar en la manera en que aprendimos a construir conocimiento.

Mi primer acercamiento al quehacer antropológico fue en la universidad en la que inicié la licenciatura, donde más adelante fui hostigada e instigada a dejarla por realizar manifestaciones políticas. En esta institución nos llevaban a hacer trabajo de campo a poblados en donde generalmente nos recibía la alcaldía (sin cuestionar ese lugar en el entramado de relaciones de poder). El objetivo de las visitas era aplicar encuestas para el proyecto de la universidad o de algún investigador, o bien hacer entrevistas en las que la población nos brindaba su tiempo y espacio sin establecer acuerdos de reciprocidad con ellos ni cuestionar los intereses y beneficios derivados de estas. En general dichas poblaciones estaban familiarizadas con la llegada de estudiantes, frente a la que muchxs mostraban fastidio; otros simplemente “nos daban por nuestro lado” y se referían a nosotrxs con la ambigua etiqueta de “maestrxs”.

Siempre sentí que ese membrete evidenciaba una relación jerárquica donde lxs maestrxs llegábamos con la idea de enseñar o de sacar algo de esa población y, en contadas excepciones, a aprender, a buscar complicidad entre sus intereses y los nuestros, a servir y no a servirnos. Después de extraer “datos” de la gente (que en realidad

nos compartía una lectura aguda y analítica de la realidad que viven) volvíamos a los escritorios de la universidad a transformar sus experiencias en conocimiento legítimo y a convertirnos así en científicos sociales acreditados.

Asimismo, enfrenté la tensión entre los tiempos académicos y los comunitarios. Desde el calendario universitario resultaba difícil considerar que mi acceso a la comunidad era uno de los muchos acuerdos que la JBG debía de resolver en ese momento, además de problemas mucho más apremiantes como la sostenibilidad de la vida y la seguridad de la comunidad de Ocotal Sección II, en el Huitepec. Cinco semanas enteras transcurrieron antes de que la deliberación tuviera lugar. Esta tensión entre tiempos me hizo dar cuenta de que lo más consecuente con el tipo de investigación con el que estaba comprometida era darme de baja un semestre y poder, así, adecuar me a los tiempos de lxs compañerxs con quienes estaba investigando. Esta discrepancia en la relación con el tiempo de “afuera” ha merecido reflexión por parte de lxs zapatistas:

Total que nos quedamos solos y, a como pintan las cosas, por un buen rato. Hasta los aparentemente más asiduos se fueron “por un tiempo”, no obstante que les expliqué que convenía que estuviera siempre alguien acá porque surgían cosas que alguien debía verlas, etcétera. Pero se aburren. Su tiempo es otro, y me divierte pensar que quieren entender lo que aquí ocurre y saber cómo, por qué, cuándo, dónde y quién, en medio de su desesperación de apenas unos días “sin-nada-que-hacer-yo-en-cambio-debo-preocuparme-por-cosas-lo-menos-igualmente-importantes-si-no-es-que-más” (SCI Marcos 2003: 14).

La confianza lleva tiempo. El desajuste entre lo comunitario y lo académico ayuda a entender las actitudes herméticas que se generaron en esta primera etapa con lxs compañerxs. Dentro de esta guerra, uno de los múltiples frentes ha sido el de la academia arrogante que llega mirando de arriba hacia abajo, sacando conclusiones prontas, entrando y saliendo sin esperar ni respetar sus tiempos, hablando “por” ellxs y no “con” ellxs, llevándose toda la información sin retribución alguna o, en el peor de los casos, realizando labores de contrainsurgencia para los distintos niveles del gobierno mexicano y estadounidense. Por ello, desarrollar una relación de confianza con lxs compañerxs de investigación no era algo que pudiera apresurarse o vivirse sin tensiones de todo tipo.

Notas de campo

La elección de la metodología anticolonial activista implicaba ajustar los tiempos y modos de la academia a los “ni modos” del territorio. El contexto de guerra de baja intensidad, el aumento de grupos paramilitares y el constante asedio federal supuso también la adecuación o implementación de métodos de acercamiento e investigación que no resultaran contraproducentes para las comunidades.

La primera vez que entré a la reserva del Huitepec fue como una “compañera” que comparte el interés por la defensa de la vida y los territorios frente al avance criminal del capital. Trabajar con un sujeto colectivo autónomo nos enseña el cuidado de la palabra: cada unx de sus integrantes lleva la responsabilidad de hablar o callar honrando los acuerdos de un caminar colectivo más amplio. De ahí que

las preguntas y entrevistas deben pasar por ese proceso de toma decisiones que sostiene gran parte de su autonomía.



Letrero al ingreso de la Reserva Comunitaria Zapatista, Huitepec, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 2010. Foto: Andrea Fajardo.

Durante la primera parte de mi “trabajo de campo”, desempeñé las mismas actividades que lxs observadorxs de derechos humanos enviados por el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de Las Casas: escuché la historia del territorio y de la organización para su defensa, acompañé las caminatas de guardia; aprendí que se anda al paso de la más o el más lentx; compartimos momentos y espacios con lxs compas y sus familias; conversamos sobre el bosque y sus guardianxs, lxs nahuales; aprendí los cuidados que tenían en el uso de la leña y la forma en que honraban a los espíritus de los ojos de agua.

Salí de campo sin entrevistas, sin árboles genealógicos, sin cartografías, sin todo eso que supuestamente produce una investigadora en campo. En su momento, evalué severamente mi estancia en la reserva y llegué a considerarla un error en términos de producción académica. Viví la fricción entre ser investigadora y ser activista. Me resultaba muy incómodo y sin sentido hacer algo distinto a lo que haría ya no como investigadora solamente, sino como compañera comprometida con esa lucha. Con el tiempo y la retroalimentación de compañerxs que acompañaron mi proceso, entendí que más que una observación participante, mis acciones respondieron a una complicidad política y que ninguna investigación escapa a ello. Dar cuenta de este posicionamiento no deslegitima el conocimiento generado, sino que atenta contra la mirada colonial que no logra verse a sí misma.

Reflexioné que incluso las actividades que realizaba con otros adherentes de la Sexta por fuera del territorio del Huitepec respondían al mismo horizonte ético y compromiso político que encaminaba mi investigación. Los límites

entre el trabajo de campo y mi quehacer como activista se desdibujaban. Más que un lugar del que se entraba y salía, el campo se constituyó como un tejido de relaciones y acciones que le dieron sentido a la investigación.

Este desplazamiento, que va de entender el campo como “lugar” a considerarlo en términos de relación, resulta sumamente significativo en la metodología anticolonial activista. La ruta política-social nos exige reflexividad frente a cómo llegamos ahí; esto cobra relevancia al dar cuenta de cómo entretajemos intereses y apuestas políticas con las del territorio, sus habitantes, sus tiempos y sus modos. Se trata de visibilizar y tomar postura en un entramado de relaciones que nos atraviesan en conjunto. Investigar con lxs zapatistas me enseñó a dialogar con un sujeto colectivo con tiempos, formas y principios de trabajo que responden al caminar comunitario, así como al respeto a sus acuerdos y disensos. La afinidad de intereses sentó el rumbo y sentido de la investigación; las tensiones e incomodidades fueron fuente certera de aprendizajes.

Una de las presiones más fuertes en este proceso fue la escritura: ¿cómo no suplantar la palabra compartida?, ¿cómo no ser un simple eco infértil?, ¿cómo dar cuenta y hacer justicia a un proceso tan vasto?, ¿hasta dónde llegaba mi autoría y qué lugar tenían las voces de lxs compañerxs?, ¿qué tanto me pertenecía esa investigación?, ¿qué repercusiones tendría lo que escribiera y lo que dejara por fuera de la escritura?

Las preguntas surgidas durante el proceso de escritura de la investigación debían responderse poniendo en el centro el cuidado de la palabra compartida. Se debe profundizar con quién y desde dónde se produce el conocimiento,

que es algo muy importante, así como saber contra qué se posiciona. Para mí fue sustantivo que la escritura lograra caracterizar y analizar los mecanismos de despojo del capitalismo disfrazado de ecologismo en proyectos como las “reservas naturales protegidas”, así como dar cuenta de la memoria de un proceso colectivo y organizado que no solo hacía frente a ese embate, sino que nos enseñaba a construir vida desde su forma particular de relacionamiento con el territorio. Mi brújula fue un constante preguntar y responder *para qué* y *contra qué*.

Escribir desde un respeto profundo por el sujeto colectivo con el que investigué implica una responsabilidad que desborda los límites de un trabajo académico; escribir sobre el proceso metodológico fue dar cuenta del camino sinuoso en un proceso lleno de compartires, aprendizajes y fricciones. La metodología anticolonial y la forma en que lxs compañerxs nos enseñan a relacionarnos con ellos es irreductible a una serie de pasos a seguir o recetas fijas, pero su transcurrir produce grietas en una episteme profundamente colonial, patriarcal y capitalista.

Trazos de una epistemología zapatista

Pero nosotros hemos aprendido que las semillas se intercambian, se siembran y crecen en lo cotidiano, en el suelo propio, con los saberes de cada quien.

ESCUADRÓN 421 DEL EZLN²

Este proceso de investigación significó un aprender a aprender. Las comunidades zapatistas me enseñaron a relacionarme como compañera, ya sea para realizar una investigación o para ponerme de acuerdo con otrxs al andar un camino común; para escuchar a quienes eligieron otras rutas, otros pasos y ritmos que resisten y se plantan contra el avance de la Hidra. Me atrevo a decir que la epistemología zapatista, entre otras cosas, es el arte de reconocer las potencias y límites de la propia mirada, de dialogar y escuchar al otro desde su diferencia, buscando “El eco que reconozca la existencia del otro y no se encime o intente enmudecer al otro. El eco que reproduzca el propio sonido y se abra al sonido del otro” (SCI Marcos 1996).

Su largo caminar político se ha regido por una búsqueda de que sus acciones no solo estén de acuerdo con “un análisis teórico, sino también, y sobre todo, de acuerdo con lo que consideramos es nuestro deber. Tratamos de ser consecuentes, siempre” (SCI Marcos 2003: s/p). Mi aprendizaje fue que la producción de conocimiento zapatista responde al cruce de al menos tres dimensiones: epistemología, ética y política. Y diría que ese es, precisamente,

² Tomado de <<https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2021/08/13/apenas-500-anos-despues/>>, consulta: 30 de octubre de 2021.

uno de los legados más importantes de su entramado: esa manera tan suya, tan irreverente, tan sencilla de generar conocimiento emancipatorio, esa de la que dan cuenta en sus distintas declaraciones, cuentos, comunicados, convocatorias, denuncias, propuestas y prácticas.

El primer punto de “La ética del guerrero” (SCI Marcos 2007: s/p) es un llamado a “[e]star siempre en disposición de aprender y hacerlo”. La lucha del guerrero, nos dicen, comienza por una disposición al saber que confronte y se plantee en contra de esa otra mirada arrogante (colonial, patriarcal, capitalista) que se jacta de verlo todo excepto a sí misma. Se trata de una actitud que nos permite “darnos cuenta de lo pequeños que somos” en cuanto al “tamaño de nuestro empeño” (SCI Galeano 2021).



Don Durito, diseño para la colección *Lecturas urgentes* de Barullo Casa Taller, Cali, Colombia, 2019. Ilustración: Sebastián Giraldo.

Al reconocer nuestros límites, reconocemos también la necesidad del encuentro y el diálogo. Estos encuentros se proponen como un intercambio de pensamientos, en contraposición al intercambio de mercancías (SCI Galeano 2015) y cuerpos establecido por el sistema. Un intercambio que cobre una proporción tal que nos permitan entender y enfrentar a esta bestia en toda su dimensión y devenir. En palabras del SCI Galeano:

Los contactos con personas, grupos, colectivos, movimientos y organizaciones de diferentes partes del planeta, nos han mostrado un mundo diverso, múltiple y complejo. Con esto se ha reforzado nuestra convicción de que toda propuesta de hegemonía y homogeneidad no solo es imposible, es, sobre todo, criminal (2021: s/p).

Lejos de sostener que la transformación social solo es posible desde una vanguardia revolucionaria, lxs zapatistas cuestionan la existencia de una sola fórmula o receta para cambiar las cosas, así como la preeminencia de un sujeto revolucionario unívoco. Nos invitan a mirar en cada colectivo, movimiento y proceso, prácticas emancipatorias con las que podemos dialogar, aprender y tejer complicidades.

La búsqueda de este encuentro ha rebasado las fronteras del Sureste mexicano, inaugurando la *Travesía por la Vida*, cuya mirada intergaláctica se limitará, por cuestiones logísticas, a los continentes vecinos del planeta Tierra; así, la intención de hacer un semillero de conocimientos adquiere una dimensión global y simbólica. Mientras los “malos gobiernos” de México y España se enfrascan en reclamos diplomáticos para disputarse la hegemonía del

relato histórico, “las comunidades zapatistas hemos venido a escuchar y a aprender la historia que hay en cada habitación, en cada casa, en cada barrio, en cada comunidad, en cada lengua, en cada modo y en cada ni modos” (EZLN 2021: s/p).

La epistemología zapatista es la lucha por la vida en su sentido más radical. Es una forma de aprender a aprender no desde los centros hegemónicos, sino desde abajo y a la izquierda; no desde los conocimientos o prácticas de dominación, sino desde la resistencia cotidiana de lxs oprimidxs; no para ajustar cuentas con los calendarios y geografías dominantes, sino para inaugurar tiempos y modos de vida otrxs que, como nos han enseñado los pueblos andinos y amazónicos, apuesten por un “Buen Vivir”.

Porque, después de tantos años, hemos aprendido que en cada disidencia, en cada rebeldía, en cada resistencia, hay un grito por la vida.

Y, según nosotros los pueblos zapatistas, de eso se trata todo: de la vida.

Y, cuando un día cualquiera, alguien les pregunte “¿a qué vinieron los zapatistas?”, juntos podremos responder, sin pena para ustedes y sin vergüenza para nosotras, “vinieron a aprender” (EZLN 2021: s/p).

Semillas emancipatorias: reflexiones finales

Aprender a generar conocimiento desde la epistemología zapatista nos permite reconocer que en la hoguera

que cuida y aviva cada colectivo, movimiento, proceso, persona, habita el fuego no solo con el que alumbramos y calentamos la noche, sino también con el que haremos arder el corazón de la Hidra.

El faro zapatista me ha enseñado sobre la escucha, sobre la importancia del encuentro y el diálogo, pero también sobre la urgencia de entender que solamente es posible resistir esta tormenta si aprendemos a colectivizarnos y desde ahí germinar la vida más allá de la sobrevivencia. En Cali, Colombia, junto a otrxs decidimos soñar y autogestionar la vida; nos nombramos Tierra Negra. No nacimos sujetos colectivos, no tenemos territorio común, pero sí faros que nos muestran que otras formas de vida son posibles. Habitamos un hogar común, nos hicimos cooperativa, generamos nuestras propias formas de justicia antipatriarcal y anticapitalista y nos enseñamos a tomar decisiones en asamblea para aprender a “Vivir Sabroso”, como nos enseñaron lxs comunerxs nasa de la Liberación de la Madre Tierra.

Caminar en colectivo ha sido una de las experiencias más significativas de reconocernos, de nombrarnos Tierra Negra. Desde esta juntanza que somos, con la que *re-existimos* y resistimos en la cotidianidad, también decidimos acercarnos a aprender y acompañar otras luchas, a tejer redes de complicidad con ellas; porque tampoco basta con hacernos colectivos, seguimos siendo muy pequeños frente al tamaño de nuestro sueño. El faro zapatista me enseñó la importancia de dialogar con otrxs que comparten esa lucha por la vida, me enseñó a acercarme para para tejer esfuerzos y compartir miradas.



Campaña de solidaridad con EZLN, Cooperativa Tierra Negra, Cali, Colombia, 2020. Ilustración: Sebastián Giraldo.

En ese caminar colectivo, hemos aprendido de los barrios marginalizados y racializados de Cali, de la olla comunitaria para sostener la resistencia, de la solidaridad entre vecinxs para resistir la precarización, de los espacios sociales y culturales creados y construidos por las manos de las mujeres y hombres que en medio de fuegos cruzados generan grietas de vida para que lxs niñxs jueguen, sueñen, estudien, gocen. Aprendemos de la organización para defender “el pedazo” (como nombran el barrio) de los planes de la ciudad donde las vidas de lxs compañerxs del Distrito de Aguablanca están amenazadx. También formamos parte del Festival de Cine y Video Comunitario del Distrito de Aguablanca (FESDA) donde hemos aprendido, desde el cine comunitario, a compartir herramientas para que los barrios puedan narrarse a sí mismos, construir la memoria insurrecta de sus luchas, agrietar las narrativas hegemónicas y romper los cercos mediáticos. Aprendemos del digno pueblo Nasa, de lxs liberadorxs de la Uma Kiwe (Madre Tierra) en el Norte del Cauca, de la defensa del *wët wët fizenxi* (Buen Vivir), de su rebeldía y de la digna rabia con la que liberan tierras para todos los seres humanos y no humanos de manos de “los mandones”, quienes las destinan a los monocultivos de caña. Aprendemos de su forma de *caminar la palabra*.

Porque unx aprende cuando actúa en complicidad con otros movimientos, pero resulta que hacer otro mundo nos demanda llevarlo a todas las esferas de nuestra vida, habitarlo y construirlo desde lo íntimo y cotidiano; nos demanda, aunque parezca banal, ser mejores personas, destruir la Hidra que unx tiene dentro. Eso no lo hace unx solitx; la propia mirada, como hemos visto, no es suficiente.

Si el ojo es incapaz de verse a sí mismo, ahí está la mirada compañera en la que podemos vernos y apoyarnos para andar de otra manera.

Acercarme y tejer con estos procesos y colectivos me permitió reconocer los frutos de sus luchas y entender su lugar de guardianes de semillas emancipatorias. Estas experiencias y tantas otras fueron posibles gracias a las semillas que lxs zapatistas plantaron en mí, las cuales no han dejado de germinar, de nutrir y de enseñarme a vivir, es decir, a luchar.

Bibliografía

- Casas, María Isabel, Michael Osterweil y Dana Powell. 2015. “Fronteras borrosas: reconocer las prácticas de conocimiento en el estudio de los movimientos sociales”. En Xochitl Leyva *et al.* *Prácticas Otras de Conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras*. Clacso, Cooperativa Editorial Retos, Taller Editorial La Casa del Mago, Buenos Aires y Guadalajara, tomo II, pp. 173-198.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). 2005. “Sexta Declaración de la Selva Lacandona”. *Enlace Zapatista*, junio. En línea: <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/sdsl-es/>>, consulta: 2 de agosto de 2021.
- . 2021. “Apenas 500 años después”. *Enlace Zapatista*, 13 de agosto. En línea: <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2021/08/13/apenas-500-anos-despues/>>, consulta: 14 de agosto de 2021.
- Guber, Rosana. 2004. *El Salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México.
- Hall, Stuart. 2014. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en los estudios culturales*. Editorial Envió, Popayán.
- Leyva Solano, Xochitl y Shannon Speed. 2008. “Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor”. En Xochitl Leyva, Shannon Speed y Araceli Burguete (eds.). *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. CIESAS, FLACSO Ecuador, FLACSO Guatemala, México, D.F. Ciudad de Guatemala, Quito.
- Leyva Solano, Xochitl. 2015. “¿Academia versus activismo? Repensarnos desde y para la práctica-teórica-política”. En Xochitl

Leyva et al. *Prácticas Otras de Conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras*. Clacso, Cooperativa Editorial Retos, Taller Editorial La Casa del Mago, Buenos Aires y Guadalajara, tomo II, pp. 198-222.

Santos, Boaventura de Sousa. 2009. *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. Clacso, Siglo XXI, México.

Subcomandante Insurgente Marcos (SCI Marcos). 1994. “¿De qué nos van a perdonar?”. *Enlace Zapatista*, 18 de enero. En línea: <<https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1994/01/18/de-que-nos-van-a-perdonar/>>, consulta: 25 de julio de 2021.

_____. 1996. “Palabras en el acto de clausura del Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo”. 3 de agosto. En línea: <<https://chiapas.iiec.unam.mx/No3-PDF/ch3clausura.pdf>>, consulta: 20 de julio de 2021.

_____. 2003. “Introducción o presentación (o las dos cosas)”. En Gloria Muñoz Ramírez. *EZLN: 20 y 10, el fuego y la palabra*. Revista Rebeldía, La Jornada Ediciones, México, pp. 13-18.

_____. 2007. “Coloquio Aubry. Parte I. Pensar el Blanco. Ni el Centro ni la periferia”. *Enlace Zapatista*, 13 de diciembre. En línea: <<https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2007/12/13/conferencia-del-dia-13-de-diciembre-a-las-900-am/>>, consulta: 30 de julio de 2021.

_____. 2011. “Apuntes sobre las guerras (Carta primera a Don Luis Villoro Toranzo)”. *Rebeldía*, núm. 76, enero-febrero, pp. 29-44.

Subcomandante Insurgente Galeano (SCI Galeano). 2015. “La Tormenta, el Centinela y el Síndrome del Vigía”. *Enlace Zapatista*, 1 de abril. En línea: <<https://enlacezapatista.ezln.org>.

[mx/2015/04/01/la-tormenta-el-centinela-y-el-sindrome-del-vigia/](https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2015/04/01/la-tormenta-el-centinela-y-el-sindrome-del-vigia/)), consulta: 1 de agosto de 2021.

_____. 2021. “La Travesía por la Vida: ¿A QUÉ VAMOS?”. *Enlace Zapatista*, 27 de junio. En línea: <<https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2021/06/27/la-travesia-por-la-vida-a-que-vamos/>>, consulta: 1 de agosto de 2021.

Wallerstein, Immanuel (coord.). 2007. *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México.

Zibechi, Raúl. 2011. “La ética necesita un lugar otro para echar raíces y florecer”. *Rebeldía*, núm. 77, mayo, pp. 51-57.

Acerca de la autora



Andrea Fajardo Camacho

Mujer feminista, educadora popular, comunicadora comunitaria, antropóloga visual y doctorante de Estudios Latinoamericanos. Ejerce la investigación-acción desde el activismo y la ampliación de imaginarios para la transformación social en un contexto de crisis civilizatoria. Sus temas centrales son la defensa territorial y la reflexión ético-política en la generación de conocimiento. Como educadora popular y comunicadora comunitaria cuenta con una vasta trayectoria en México, Ecuador y Colombia donde, desde el cine, el teatro y la radio comunitaria, acompaña procesos de capacitación, consultoría y fortalecimiento organizativo y comunitario. Es miembro del Grupo de Trabajo “Cuerpos, Territorios, Resistencias” en Clacso. <andrea6894@gmail.com>.

Acerca de la colección

La Colección *Al Faro Zapatista* es un homenaje a las mujeres, niñas(os), ancianas(os), otroas y hombres zapatistas en sus más de 500 años de resistencia y sus casi 28 años de vida pública rebelde. La iniciativa busca acuerpar la Travesía por la Vida. Lo hacemos desde lo que somos: trabajadorxs de las ciencias sociales, activadas activistas.

Lo hacemos porque el zapatismo ha sido el faro para muchas de nosotras y otrxs habitantes del planeta Tierra.

El faro en medio de La Tormenta provocada por lo que en 2017 las mujeres zapatistas nombraron como el “sistema capitalista machista y patriarcal”, alimentada por el racismo y la “cisheteronormatividad”, como le llaman las diversidades sexuales en movimiento y re-existencia.

Comité Editorial y Organizador

Xochitl Leyva Solano

Lola Cubells Aguilar

Inés Durán

Rosalba Icaza

Sofía Carballo

Jorge Alonso

John Holloway

Arturo Anguiano

Patricia Viera

Axel Köhler

Planeta Tierra, 2022

*“De por sí lo que hemos aprendido es a aprender”:
trazos de una epistemología zapatista*
se terminó de digitalizar en
Tipobyte estudio editorial, en la
ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México,
el 30 de noviembre de 2022.

COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

El objetivo del presente trabajo es dar algunos trazos acerca de la epistemología zapatista como forma de conocimiento indistinguible de la lucha a través de algunas experiencias y aprendizajes que se tejieron en el camino de mi investigación con ellxs, y la forma en que esa relación sentó una serie de principios éticos, políticos y epistémicos.

El primer apartado describe la forma en que el zapatismo me interpeló durante mis primeros encuentros con sus comunicados y convocatorias.

El segundo da cuenta de mi posicionamiento dentro de la academia en el marco de una guerra que atraviesa distintos niveles de vida.

El tercer apartado hace una breve revisión de autores y activistas que han tratado de ir más allá de la dicotomía academia-activismo.

El cuarto desarrolla las tensiones teóricas y metodológicas al cambiar la perspectiva de “objetos de estudio” por “compañerxs de lucha”.

En el quinto realizo una lectura de la epistemología zapatista como un trenzado indisociable de una ética política dialógica, anticolonial, anticapitalista y antipatriarcal.

El sexto y último, es un recuento de procesos colectivos desde mi caminar como activista, los cuales han sido nutridos e inspirados por el faro zapatista.

ISBN 978-607-8800-80-3

